

Recuperando a Ventura

Hace exactamente un año, conmemorando el centenario del nacimiento de Ventura García Calderón (nació el 23 de febrero de 1986), escribimos sobre el bochornoso contraste entre la importancia de la aventura creadora de Ventura y la desventura crítica que ha padecido, regateados sus méritos por numerosos críticos nacionales.

No sólo influyó en la desventura crítica de Ventura el mal trato que recibió de allegados a la revista *Colónida*, señaladamente Federico More, quien propaló un vitriólico comentario (con más desaguisados que consideraciones rescatables) al valioso panorama crítico *La literatura peruana 1535-1914*, publicado por García Calderón en 1914, escarnecido por More en los números 2 y 3 de *Colónida*, en 1916. Eco de la actitud de *Colónida* resulta la injusta omisión de Ventura en el proceso a nuestra literatura, planteado por José Carlos Mariátegui (antiguo contertulio de los "colónidos) en sus 7 ensayos...

Tuvo mucho que ver, además, el incendiario "ajuste de cuentas" que quisieron propinar a Ventura y su generación, la llamada Generación del Novecientos (o "Futurista" en el mote satírico que forjó Luis Fernán Cisneros, y recogió con fruición Mariátegui en su 7 ensayos, connotados voceros del aprismo: Manuel Seoane y Luis Alberto Sánchez. El primero redactó el artículo (beneficiado con correcciones y notas bibliográficas aportadas por Sánchez) que apareció anónimo en *La Tribuna*, en 1935, titulado "Filtrando a los García Calderón-Diferencias entre las Generaciones de 1905 y 1920"; y el segundo, el penetrante y notable libro *Balance y liquidación del Novecientos*, en 1941.

Es decir, conspicuos integrantes de la generación posterior al Novecientos, tanto en la ruta socialista de Mariátegui, como en la aprista de Seoane y Sánchez, coincidieron en "filtrar" a Ventura García Calderón y su "cofrades" generacionales: Francisco García Calderón, José de la Riva-Agüero, Víctor Andrés Belaunde, Luis y Oscar Miró Quesada, etc.

Mas allá de mezquindades y envidias personales, alimentadas por el enorme éxito parisiense de los García Calderón (llegaron a verse propuestos ambos como candidatos al Premio Nobel de Literatura en 1933, respaldados por escritores franceses, belgas, españoles e hispanoamericanos de primera línea), sin duda los autores peruanos de mayor renombre internacional en la primera mitad del siglo XX, antes de la consagración de Ciro Alegría en 1941, con *El mundo es ancho y ajeno*; más allá de esa cuota de debilidad humana que suele promover rivalidades y enemistades, hay que ver en la desventura crítica del Novecientos un revelador (y, en lo fundamental, saludable para la cultura y la política nacional) enfrentamiento generacional entre el grupo de 1905 y el de 1920.

Pero, por lo menos dos de los espíritus más grandes, de mayor preparación y perspicacia, de la llamada Generación del Centenario (1920-1924), no negaron labor cultural cumplida por los García Calderón, Riva-Agüero y su generación. Nos referimos a Raúl Porras Barrenechea y Jorge Basadre, sintomáticamente los mayores historiadores de su generación y, en general, de la presente centuria en nuestro medio.

La verdad es que un *Balance* ponderado de lo aportado por las generaciones del Novecientos y del Centenario deberá reconocer la brillantez superior de la segunda, con Vallejo, Mariátegui, Haya de la Torre, Orrego, Porras Barrenechea, Basadre, L.E. Valcárcel, Gamaliel Churata, Honorio Delgado, Mariano Iberico, Sánchez, etc.; para nosotros, la Generación más espléndida del Perú hasta el momento. Pero, a la vez, constatar los grandes aportes del Novecientos, por medio de las figuras antes citadas, y otras como Julio C. Tello, José Gálvez Barrene-

chea, Alberto Ureta, Luis Fernán Cisneros, Hermilio Valdizán, etc.

Más aún: exagera Sánchez en su *Balance y liquidación del Novecientos* al afirmar que carecieron de maestros los del Centenario; también falta a la verdad Ventura García Calderón, en su ensayo *Nosotros* (respuesta al ataque de Seoane arriba mencionado), al sostener que los de su Generación no podían tener como maestros a Ricardo Palma, Manuel González Prada y José Santos Chocano, cuando la verdad es que asimilaron rasgos de los tres. Sin embargo, cotejando ambos "parricidios" de la generación precedente, tenemos que convenir en que la generación de Ventura (marcada por el desastre de la guerra con Chile) encontró menos rutas abiertas, pocas líneas que continuar; y que la impronta de los García Calderón, Riva-Agüero, Tello, etc., brilla clarísima en varios integrantes de la generación del Centenario. Vale recordar que uno de los peruanos de espíritu más vanguardista, de mayor exacerbación iconoclasta, el malogrado escritor Adalberto Varallanos, asumiendo la óptica de una generación posterior a la del Centenario, se complacía en ridiculizar a los intelectuales de ésta (caso Porras, caso Sánchez) como una prolongación de Riva-Agüero y el Novecientos.

Sirvan las anteriores consideraciones para aquilatar, en todo su valor, la loable tarea emprendida por Luis Alberto Sánchez, pasada la efervescencia del conflicto generacional con los García Calderón y Riva-Agüero, tanto más áspero cuanto la actividad política y diplomática de los novecentistas (con artistas aberrantes en el fascismo torpe de Riva-Agüero) los ubicó en pugna con los apristas (también con los marxistas, que suelen heredar, sin revisarla críticamente, la esquemática y adulterada, como lo ha demostrado Luis Loayza, versión de Riva-Agüero y su generación, que traza Mariátegui en sus 7 ensayos).

No sólo en las últimas ediciones de su *Literatura Peruana* y en diversos panoramas de nuestra literatura publicados de 1960 en adelante, Sánchez ofrece una caracterización ponderada del Novecientos, y en particular de los García Calderón y Riva-Agüero; sino que le debemos el mejor estudio sobre



“... (los Ventura Calderón), sin duda los autores peruanos de mayor renombre internacional en la primera mitad del siglo XX, antes de la consagración de Ciro Alegría...”

Riva Agüero aparecido conmemorando el centenario del nacimiento del autor de *Paisajes Peruanos*, es decir *Conservador, no; reaccionario sí, Ensayo heterodoxo sobre José de la Riva-Agüero* (1985).

Al cual se ha sumado desde los últimos días de 1986, una voluminosa recuperación de Ventura García Calderón: *Obras escogidas*; prólogo, selección y notas de Sánchez; Lima, Eds. Edubanco (Banco Continental), 1986; 632 pp. Este tomo transforma el filtrando a los García Calderón de otrora, en un recuperando (aunque sin dejar de filtrar, como debe de ser siempre en todo acto de valoración integral y ecuánime) a Ventura García Calderón.

Sánchez ha optado por escoger libros completos de Ventura, y no por antologar las mejores páginas de cada género, tomándolas de sus numerosas obras. Elección justificada por la dificultad de los lectores actuales para consultar los libros de Ventura; aunque, e-

atención a ello, hubiéramos preferido que se edite otro volumen de cuentos y no *La venganza del cóndor*, el único suficientemente difundido en ediciones populares (no sabemos, además, por qué se incluye el cuento "El alfiler", que no pertenece a ese volumen), o quizá mejor hubiera sido una antología de los mejores cuentos de Ventura, por tratarse del género privilegiado de su imaginación creadora.

Excelente idea la de ofrecer una imagen completa de la producción de Ventura, con cuentos, poemas, crónicas periodísticas y ensayos. Con sumo acierto, Sánchez elige las muestras mayores en la poesía (Cantilenas), el ensayo (*Nosotros*) y la crítica literaria (*La literatura peruana 1535-1914*). En el caso de *La venganza del Cóndor*, estamos ante una de las cimas cuentísticas de Ventura; pero hubiera sido más útil difundir *Denger de mort* (peligro de muerte). Dando merecido relieve, por otra parte, a Ventura

croniqueur, Sánchez transcribe dos libros de crónicas periodísticas: *Bajo el clamor de las sirenas* y *En la verbena de Madrid*; juzgamos, sin desmerecer esos dos libros, que les vence en maestría *Fruvolamente-Sensaciones parisienses*.

Las *Obras escogidas* servirá para comprobar que Ventura fue la expresión más nítida e ilustre del Modernismo en el Perú. González Prada preparó el Modernismo; Chocano lo asimiló sólo en parte; Eguren y Valdelomar lo pusieron en crisis y forjaron su superación. Ventura García Calderón fue su manifestación peruana a carta cabal; y lo fue en París al lado de Rubén Darío (encarnación máxima de la poesía modernista) y Enrique Gómez Carrillo (prototipo de croniqueur modernista), celebrado por creadores y críticos de Europa y América.

Ventura fue un poeta nada desdeñable, de interés a nivel nacional como cultor de poesía modernista. Fue un crítico literario de singulares méritos, menos erudito y analítico que Riva-Agüero, pero más agudo, de mejor gusto y lúcidamente impregnado de la Modernidad; le debemos el gran aporte de los 13 volúmenes de la Biblioteca de Cultura Peruana, que en 1938 él dirigió, escribiendo varios de sus prólogos y notas y efectuando la selección de diversos tomos.

Pero, sobre todo, fue un eximio artista de la prosa: el mejor cuentista del Modernismo peruano (Valdelomar lo es del posmodernismo) y el más grande croniqueur de este país, comparable a los mejores cuentistas hispanoamericanos de su tiempo (Quiroga, Lugones, Arévalo Martínez y Rubén Darío) y tan grande en sus crónicas como Gómez Carrillo (hace poco César Lévano, una autoridad en el tema, ha escrito que lo juzga incluso superior a Gómez Carrillo).